

destruyó en un momento la obra de tantos días, desconociendo, incauto, toda su importancia.

También consiguió el Virey, por medio de Toraldo, del electo Arpayá, que viendo el giro que tomaban ya los negocios trató de ponerse en buen lugar, y de muchos de los capitanes del pueblo, que deseaban la paz de buena fe, el que se desistiera del capitulacion en que se pedía que el general y jefes de la armada y de las galeras fuesen napolitanos; pues no sólo renunció la reunion de San Agustín á esta exigencia, sino que estableció pena de la vida para el que de nuevo la provocase, y para todo aquel que opusiera obstáculos á la completa paz, que con tanto anhelo se deseaba. Y el mismo Arpayá mandó pocas horas despues, arcahuéar en la Vicaría á un hombre del pueblo que había perorado acaloradamente en un corrillo en favor de la guerra.

Pero aun conseguidas tantas ventajas, el perplejo Duque dilató algunos días la conclusion de la avenencia, esperando tal vez los socorros que por todos los conductos imaginables había pedido á Madrid, y que ya ciertamente tardaban. La dilacion en terminar un negocio con tanta facilidad allanado en ventaja del gobierno, no dejó de producir graves inconvenientes, pues conservó la ciudad en un estado anómalo, en que si bien no se tiró un tiro de una ni de otra parte, ni se hizo obra ninguna de ataque y defensa, la mutua desconfianza tenía siempre las armas en la mano; y el pueblo, poco disciplinado, hallándose mal, ocioso y armado, se dió á saquear é incendiar los palacios y efectos de los nobles y de los pudientes, que estaban ó en las provincias ó refugiados aún en Castelnuovo. El general don Francisco Toraldo trataba en vano de impedir estos desórdenes, y de atajar las venganzas particulares; pero su autoridad era tan escasa, como lo es siempre la que tiene por origen la eleccion de un pueblo amotinado. Por fortuna no se pensó más en el prior de la Rocella, ni en los otros caballeros custodiados en su casa, y de que era carcereira su hermosísima y gallarda mujer; pues se retiraron adonde quisieron en plena libertad, y aun entre los aplausos de los mismos que pocos días ántes querian beber su sangre. Así pasan los odios populares, tan terribles en el primer momento.

Las provincias del reino, siguiendo los movimientos de la capital, habían sido teatro de grandes desórdenes, y nuevas revueltas y nuevos asesinatos tenían la tierra toda en combustion. Y las noticias de tan tristes acontecimientos aumentaban la inquietud de la ciudad, que iba escaseando de viveres, y cada día se veía más aislado el gobierno legítimo, y con más obstáculos que superar para su completo restablecimiento.

El día 5 de setiembre se adhirió por fin el Virey á la nueva capitulacion; y puestos todos de acuerdo, con gran satisfaccion de la mayoría de los habitantes de Nápoles, que deseaban el término de tantas angustias, se dispuso su solemne publicacion y juramento en la catedral.

Empezaron los preparativos necesarios para dar el correspondiente aparato á aquella solemnidad; pero recibió el Virey varios avisos de que los discursos y bulliciosos, bien que en pequeño número, aduces sobremana, acalorados por emisarios extranjeros, conspiraban secretamente para llevar á cabo el plan frustrado el día de la Virgen de Agosto. Y muchos clérigos y religiosos le dijeron con gran reserva, que sabían por el confesionario, que se tramaba contra su vida: noticias todas que le dejaron confuso y sin saber qué partido tomar. Consultó con varias personas, que creyendo de muy mal efecto el que manifestara desconfianza, y que también podían ser exagerados los avisos, fueron de parecer de que debía ir el Duque á la catedral, tomando de antemano todas las precauciones que aconsejaba la prudencia. Pero el bizarro Vargas Machuca, gobernador de Castelnuovo, dijo con calor que su opinion era que de ningún modo debía la suprema autoridad ponerse en manos de los facinerosos; que nada importaba que la generalidad del pueblo estuviese de buena fe, si una docena de revoltosos podían á su gusto inflammarla y empujarla á los más horribles atentados; y que una vez apoderados del Virey, cuya persona representaba la del soberano, era de temer un desacato á la majestad real, y que el motin tomase descaradamente el carácter de rebelion. Las palabras de este pundonoroso, entendido y experimentado militar hicieron el debido efecto, y desistió el Duque, en lo que no hizo un gran sacrificio, de salir de su guarida para asistir á la ceremonia (1).

Resuelto así, envió el Virey á llamar á los jefes populares de su devocion, y les habló del modo más conveniente para que estuvieran alerta y á punto las masas populares de que disponían. Y luego llamó á los otros, menos desesos de paz y del restablecimiento de la tranquilidad, y con palabras magníficas, halagándolos primero, acabó por manifestarles, que habiéndose introducido entre el pueblo muchos facinerosos y algunos emisarios de los enemigos del Rey, capaces, para imposibilitar

todo ajuste, de arrojarse á cualquier crimen que mancharia la reputacion del pueblo napolitano, y desvirtuaria la justa causa de sus esfuerzos, había resuelto, para evitar todo compromiso, jurar la capitulacion en la capilla del castillo: siendo para la validez del acto enteramente indiferente que la ceremonia se verificase en uno ú otro santuario. Si estas palabras del Virey desconcertaron á alguno de los concurrentes, cuidó de disimularlo. La mayoría las creyó sinceras, y muchos muy fundadas; y como fueron repetidas á las turbas no hicieron el mal efecto que era de presumir.

El día 6 por la tarde, sin haber de antemano manifestado tal intento, salió el Virey imprevistamente á caballo, rodeado de oficiales de guerra, y pasó algunas calles de la ciudad, con precaucion sí, pero sin temor, seguro de que ignorándose que iba á dar aquel paseo, no podía estar urdida trama alguna contra su persona. Esta aparente muestra de confianza acabó de asegurar los ánimos de los que deseaban la paz y no tomaban parte en las secretas conspiraciones. Por lo que no dejó de oír algunos *missa* y aplausos el Duque, ántes de regresar al castillo, como lo verificó al anochecer.

Al día siguiente por la mañana concurrieron á Castelnuovo, á caballo y en solemne procesion, el electo Arpayá, el capitán general don Francisco Toraldo, muy mortificado de la gota, los maestros de campo, los jefes populares Désio, Polito y Marchesse, y detrás de todos en una carroza de gala con lucido séquito, el cardenal Filomarino, seguidos de numeroso pueblo. Dejaron todos los caballos para pasar el puente levadizo, y las armas para atravesar los rastrillos, cosa que mortificó muchísimo á los populares; y más aun al ver toda la guarnicion formada, grandes retenes en las plazas de armas, y preparadas á punto las baterías.

En la capilla de Santa Bárbara, ocupando cada cual su puesto correspondiente, y dejando entrar alguna gente del pueblo, se leyeron los 58 artículos de la nueva capitulacion adicional, y se juró en debida forma por unos y otros su cumplimiento. Terminado este importante acto se cantó un solemne *Te-Deum*. Y en seguida tomó la palabra el Virey, y arengó con destreza y sagacidad á los concurrentes, elogiando al pueblo, pero condescendiendo de los excesos inevitables, que habían tenido entrada en aquellos días de confusion. Insistió en que el alzamiento había sido razonable, y promovido con motivos muy justos; pero afeó el que la primera capitulacion hubiese sido infringida: trató de inculcar la idea de que emisarios extranjeros de los enemigos del Rey eran los que agriaban los ánimos, y abusaban del candor de los napolitanos; y concluyó manifestando el estado de penuria en que se hallaba el tesoro, y la necesidad de que la ciudad hiciera un nuevo generoso esfuerzo, y un extraordinario servicio, no ya al rey, sino á sí misma. Pues no se trataba de enviar socorros á España, sino de procurarlos á los mismos habitantes de Nápoles, donde las circunstancias habían aumentado tanto la miseria, que faltaba subsistencia para todos, y no se podía atender á la manutencion de las tropas y á las necesidades urgentísimas de la marina. A esta arenga, que fué muy bien escuchada y recibida, contestó el teniente Désio, poniéndose en pié, y proponiendo con desenfado: que en virtud de que estaban completamente abolidas las gabelas para no aparecer más, y siendo indispensable atender á los gastos del servicio público, se diese á S. M. una voluntaria contribucion de quince carlinos (22 reales vellón) por cada hogar. La aprobacion fué unánime. Los vivas asordaron el aire, y se creyó terminada de veras la sublevacion (2).

CAPITULO VIII

Publicado solememente el juramento de las nuevas capitulaciones, quedó por algunos días en reposo la ciudad de Nápoles, pero no en completa tranquilidad. El poder de la autoridad legítima no se restableció cual se esperaba, y para lo que no le faltaban apoyos; y el pueblo armado, y obediente siempre á los jefes de la sublevacion, estaba pronto á volver á la pugna, y á renovar los desórdenes, con pretexto ó sin él, según se les antojase á los que de hecho lo gobernaban. La mayoría de los habitantes de la ciudad deseaba ardientemente que no se interrumpiera el sosiego, conociendo que no se interrumpiera la necesidad primera de la sociedad; pero la minoría que nada tenía que perder, y si mucho que ganar en el desórden, quería nuevo movimiento. Y como acontece que siempre dominan todas las situaciones los pocos que se mueven, y no los muchos que se están quietos, pronto empezaron otra vez á conmoverse los ánimos, y á presentarse síntomas de alarma y presagios de nuevos desconciertos. Aparecieron en las esquinas pasquines y cartelones, acusando á los españoles y á los nobles de planes de reaccion y de venganza. Y corrieron por los corrillos de la gente baldía, que nunca falta en los puestos públicos de las grandes capitales, noti-

cias alarmadoras y especies absurdas, pero de seguro efecto. Por lo que el electo del pueblo publicó el 11 de setiembre un bando, con pena capital para los autores de pasquines y para los noveleros, ofreciendo dos mil ducados de gratificacion á los que los delatasen. Confirmó el Virey esta disposicion, y mandó además, sabiendo que la ciudad hervía en emisarios extranjeros, que en el término de tres días saliesen de ella los franceses, piamonteses, saboyanos y sicilianos, que no contaran dos años de domicilio. Revalidó los privilegios de los mercaderes, renovándose el litigio entre unos y otros. Arregló el precio de los viveres, y trató, esperando ya de un momento á otro la armada española, de abastecer de vituallas y municiones los castillos, y de recomponer y aumentar con disimulo los reparos y obras de defensa. Y como cayeran en sus manos varias cartas en cifra de algunos jefes populares al marqués de Fonteneau, embajador de Francia en Roma, pintándole el momento favorable para con poca fuerza apoderarse del reino, renovó la vigilancia y el cuidado, temiendo á cada instante verse atacado por los franceses.

El día 12 recibió aviso el Virey por una falúa que llegó en pocas horas de Cerdeña, de estar allí detenida por los contrarios vientos la armada española, al mando del hijo natural del Rey. Y esta circunstancia desagradó mucho al Duque, y le agrió el contento de ver tan próximo el suspirado socorro. Tratóse en su consejo íntimo de mantener secreta la noticia, pero el día 18 empezó á traspirar y á producir diferentes efectos por la poblacion. La mayoría de ella celebró la venida de aquellas fuerzas, que debían restablecer un órden duradero en el país; pero los alborotadores de profesion y los jefes populares, que no querían volver á las tareas de su condicion privada, y que se saboreaban con el mando, compelieron al general Toraldo á avistarse con el Duque y á proponerle, que mandara detener aquellas fuerzas navales en Gaeta, para evitar mayores daños. Excusóse el Virey con decir que viniendo directamente de España y á los órdenes de un príncipe real, no podía darles órden alguna. Respuesta que dejó muy poco satisfecho al populacho conmovido; y pues empezó descaradamente á aprestarse á la resistencia, proveyendo largamente de armas, viveres y municiones la torre de San Lorenzo, el torreón del Carmen y otros puntos fortificados.

Dispuso el duque de Arcos, ya con más ánimo, fundado en las esperanzas de inmediato socorro, que se fortificasen unos edificios que estaban entre Castelnuovo y el arsenal, y que en los pasados días había ocupado el pueblo, interrumpiendo la comunicacion de aquellos puntos importantes. Empezóse la obra el 22 de setiembre, y alarmado el populacho manifestó desde luego su disgusto. Iban creciendo los grupos de descontentos, y empezando á manifestarse clara la alteracion; cuando la noticia de haber sido preso Pione, el compañero de Masaniello, y jefe de una de las bandas de muchachos que, como dejamos dicho, dieron principio á la sublevacion, y uno de los que mayores atrocidades habían cometido durante ella, vino á dar un pretexto plausible para el ya preparado rompimiento. Montaron en cólera las desarrapadas turbas, y quisieron matar á uno de los jefes populares llamado Milone, ya mal visto por partidario de la paz, y que había tenido en su casa á aquel revoltoso y atrevido manco. Fueron pues á asaltar su vivienda, jurando matarlo, y matar en seguida al Virey y á todos los españoles (3).

El rumor del motin y la noticia de su objeto llegaron á un mismo tiempo al duque de Arcos, que recurrió al electo del pueblo para que tratara de conjurar la tempestad, que acaso en aquella ocasion habiera podido un cañonazo ahuyentar para siempre. Acudió también á Désio, que en union con Arpayá calmó el alboroto. Pero ¿cómo?... Mandando con beneplácito del Virey suspender inmediatamente las obras de fortificacion comenzadas, y presentando en la plaza y en plena libertad al preso, con una reverente excusa de la autoridad suprema, asegurando á la pillería que la prision de Pione se había hecho sin su conocimiento, y haciendo castigar á los que la habían verificado. Con tan enérgicas y dignas disposiciones quedó el motin contenido y servido, y se deshizo la alterada reunion de aquellos pocos alborotadores. ¡Y tenía el Virey á pocas millas una armada mandada por un príncipe español, y tenía tropas leales indignadas de tanta condescendencia, y tenía de su parte la mayoría de una ciudad fatigada de desórdenes y de confusion!

Al siguiente día volvió á alterarse, con disgusto de todos, la pública tranquilidad, por dos capuchinos que predicando como solían en la plaza del Mercado, conmovieron el populacho. Pero como el movimiento no encontró eco en otros barrios, se deshizo pronto por sí mismo. Y los predicadores, y nuevamente el manco Pione, y un cuñado de Masaniello fueron aquella noche arrestados, y con-

ducidos con sigilo á Castelnuovo, de donde no volvieron á salir (1).

En todos estos alborotos tomaba parte más ó ménos, según se le aconsejaba su sagacidad, José Palumbo, que nunca quiso figurar en primer término, contentándose con el mando de un barrio, y con ejercer una secundaria influencia. El que desde la muerte de Masaniello ambicionaba ardientemente sucederle, y ser cabeza suprema de la sublevacion, era el maestro arcabucero Genaro Annese. Pero aunque contaba con muchos partidarios, no había podido conseguirlo, y se sujetó de malísima gana al general Toraldo y á su teniente Désio; conservando empero con casi absoluto dominio el mando del Torreón del Carmen, ciudadela del populacho, y el gobierno del barrio del Lavinaro, foco permanente de alborotos. Este hombre aunque cobarde audacísimo, era el que con más calor se oponía á todo avenimiento, sembrando las noticias más alarmadoras, y las especies más á propósito para desacreditar á Toraldo, á Désio y á los jefes populares, que propendían á la paz y al órden. Y espianando continuamente las ocasiones de alborotar, la encontró muy oportuna el día 30 de setiembre.

Habíase ya negado á dejar trasladar la exorbitante cantidad de pólvora, que con peligro del fuerte y de los barrios circunvecinos estaba depositada en el torreón del Carmen, á los almacenes y castillos. Y como aquella mañana, por disposicion del capitán general del pueblo y del electo Arpayá, se condujese una gran cantidad de ella á Santelmo, Annese levantó el barrio del Lavinaro, y con la gente más perdida de él atacó la rena que conducía la pólvora, y dispersando la escolta, se la trajo á su torreón. La noticia de este atentado, que conmovió algun tanto la ciudad, llegó al convento de San Agustín, donde Toraldo, su teniente Désio, el electo Arpayá y otros jefes populares estaban en conferencia. Y Désio con el rostro encendido y ademán violento dijo á Toraldo: *¡A qué juego jugamos!... ¿De qué sirve que los hombres de bien estemos aquí trabajando para asegurar la paz, si otros la rompen y atropellan con tanto descaró? Tales atentados merecen pronto escarmiento.*—Don Francisco Toraldo, conociendo lo nulo de su posicion, se encogió de hombros y respondió: *el señor electo, que tiene más autoridad que yo, puede tomar las disposiciones que juzgue más oportunas.* Con lo que Arpayá enardeció y sin reflexionar lo que decía, ni delante de quien hablaba, se levantó exclamando: *Hagamos matar á ese tucante. Yo por mí daré doscientos ducados al que nos haga tal servicio.* Y salió apresurado y resuelto, como para evitar las consecuencias que podía tener aquel grave incidente.

En el mismo momento llegó por distinto lado á San Agustín Genaro Annese, y al verlo Panarella, jefe del barrio de la Congeria, animado por las palabras del electo y por el espíritu que reinaba en las turbas, se arrojó á él con un puñal enarbolado. Interpusieronse algunos frailes, que evitaron el golpe, y fué tal el susto de Annese, que huyendo desfavorido se ocultó en el coro detrás del órgano, y á poco rato saliendo por un postigo secreto se fué al barrio del Lavinaro, á pedir cumplida venganza. Corrió pronto la noticia de aconchar graves conociendo el electo que podía encontrar ser peligrosos en la plaza del Mercado, veintidos hermosas galeras, doce gruesas naves y catorce barcos menores.

Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, jóven de diez y ocho años de edad, de gallarda presencia, benigno carácter y capacidad precoz, era el general de aquellas fuerzas. Traía por director y consejero (bien que se había quedado atrás por los malos tiempos, y para recoger algunos bajeos que venían de Génova) al valiente caballero y experimentado marino don Carlos Doria, duque de Tursi, nieto del célebre Andrea y padre de Giannettino que mandaba las galeras napolitanas. Venían además con S. A. el duque de Gandía y el baron de Batteville como consejeros, y un Gaspar Leguia como secretario (2).

La llegada de tan gran príncipe causó un momentáneo movimiento de alegre entusiasmo en el pueblo de Nápoles, sublevado hasta entonces, pero no rebelde. Mas pronto se calmó para dar lugar á otros ménos favorables, que cuidaron de mantener y de acalorar los hombres desconfiados y recelosos, y los interesados en llevar las cosas más adelante. Pues aunque temían que aquellas fuerzas, al parecer formidables, con que contaban ya los españoles, pudiesen dificultar sus planes, esperaban mucho de los franceses, con quienes tenían muy adelantadas sus negociaciones.

El duque de Arcos, aunque no muy contento de encontrarse con un personaje superior suyo en clase y en autoridad, cuando esperaba sólo medios de ejercer sin limites la suya de Virey, disimuló sagazmente su disgusto, y trató de apoderarse del ánimo del jóven príncipe para dominarlo, tener en él un escudo, y servirse de las fuerzas que traía para restablecer su dominio, y desquitarse con usura de las humillaciones á que lo habían conducido su impre-

(1) De Santis. — Capecelatro, MS. — Raph. de Turris.

una repentina salida en la ocasion conveniente. Los barrios de la ciudad que no quisieron tomar parte en aquella lucha fratricida, permanecieron tranquilos, aunque aprestando las armas para defensa propia, y para declararse á tiempo por el partido vencedor.

Iba la ciudad á inundarse de sangre. Ambas fracciones del pueblo napolitano marchaban ya á embestirse para empezar una lucha de exterminio; cuando el príncipe de Massa, don Francisco Toraldo, guiado por los impulsos de su corazon benéfico y generoso, y sin más objeto que el de impedir los desastres del momento, corrió á probar fortuna y á meterse entre los opuestos y encarnizados bandos, para exhortarlos á la paz. Llegó á caballo al sitio en que casi comenzaba la pelea, y tuvo tan buena suerte, habló con tanta oportunidad, y se sirvió de tan buenos ayudadores, que logró muy pronto ser escuchado, y consiguió en pocos minutos conjurar y deshacer completamente aquella borrasca. Y llamando ante sí á Annese y á Panarella, les obligó á hacer las paces, abrazándose en presencia de todos, y á que mandaran retirarse en sosiego y dejar las armas á las encontradas turbas que capitaneaban.

Desconcertado al Virey este imprevisto desenlace de aquel drama, que tan sangriento y espantoso había aparecido. Y él y otros muchos hombres de Estado juzgaron que Toraldo había cometido una gravísima falta, ora mirase por los intereses de la corona á quien decía servir, ora por los del pueblo sublevado á cuya cabeza se hallaba; pues vencida la genteza alborotadora del Lavinaro, como lo iba á ser sin remedio, se hubieran evitado los desórdenes y matanzas que sobrevinieron; y la ciudad de Nápoles, libre de la levadura de discordias, y sin continuar en aquel estado horrendo de anarquía, hubiera conseguido el objeto de quedar desahogada de impuestos arbitrarios, y regida de la manera más conveniente á sus verdaderos intereses. Y el mismo Toraldo obrando por el instinto de hombre de bien, empeoró muchísimo su difícil posicion; pues se atrajo el odio de los españoles y de los napolitanos, que deseaban acabar con los motines, sin ganar ni el afecto ni la confianza de los alborotadores.

CAPITULO IX.

El día siguiente 1.º de octubre de 1647 avisó al amanecer el castillo de Santelmo, que una gruesa armada se descubría en el horizonte. No faltó quien temiese y quien esperase que fuera de franceses, y aun el mismo Virey estuvo dudoso. Pero muy pronto la bandera real enarbolada en el vigia, aseguró á todos que era española, la que ya entraba en el golfo de Nápoles con viento favorable y con mar bonancible. Cundió rápidamente la nueva por la ciudad, causando efectos diversos, y despertando temores y esperanzas. Cubriéronse de curioso genio playas, marinas, muelles y azoteas, para ver llegar aquellos bajeos, cuyo arribo debía producir tan importantes resultados. Una salva general de todos los castillos y fuertes, incluso el torreón del Carmen, saludó la insignia real, que tremolaba en la alta popa de la capitana. Y á media tarde fundearon majestuosamente enfrente de la Marinela, bajo el cañon de Castelnuovo, veintidos hermosas galeras, doce gruesas naves y catorce barcos menores.

Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV, jóven de diez y ocho años de edad, de gallarda presencia, benigno carácter y capacidad precoz, era el general de aquellas fuerzas. Traía por director y consejero (bien que se había quedado atrás por los malos tiempos, y para recoger algunos bajeos que venían de Génova) al valiente caballero y experimentado marino don Carlos Doria, duque de Tursi, nieto del célebre Andrea y padre de Giannettino que mandaba las galeras napolitanas. Venían además con S. A. el duque de Gandía y el baron de Batteville como consejeros, y un Gaspar Leguia como secretario (2).

La llegada de tan gran príncipe causó un momentáneo movimiento de alegre entusiasmo en el pueblo de Nápoles, sublevado hasta entonces, pero no rebelde. Mas pronto se calmó para dar lugar á otros ménos favorables, que cuidaron de mantener y de acalorar los hombres desconfiados y recelosos, y los interesados en llevar las cosas más adelante. Pues aunque temían que aquellas fuerzas, al parecer formidables, con que contaban ya los españoles, pudiesen dificultar sus planes, esperaban mucho de los franceses, con quienes tenían muy adelantadas sus negociaciones.

El duque de Arcos, aunque no muy contento de encontrarse con un personaje superior suyo en clase y en autoridad, cuando esperaba sólo medios de ejercer sin limites la suya de Virey, disimuló sagazmente su disgusto, y trató de apoderarse del ánimo del jóven príncipe para dominarlo, tener en él un escudo, y servirse de las fuerzas que traía para restablecer su dominio, y desquitarse con usura de las humillaciones á que lo habían conducido su impre-

(2) De Santis. — Capecelatro, MS.

vision primero y luego su debilidad. Envío á felicitarlo del deseado arribo á su yerno el marqués de Lombay; y poco despues al visitador general del reino, bien adestrado en las ideas que sagazmente debía sembrar en el recién llegado, acerca del estado del país y de las medidas de rigor que reclamaba. No hicieron gran mella en el ánimo de don Juan de Austria estas insinuaciones, pues comparaba las fuerzas populares y el cuerpo que ya tenía la sublevacion, de la que había adquirido poco favorables noticias, con las fuerzas que traía á bordo, y que no pasaban de tres mil quinientos infantes, formando cuatro tercios, tres de españoles y uno de napolitanos. Y seguimos en esta numeracion al contemporáneo de Santis y al maestro de campo Capecelatro; aunque autores posteriores, que han querido acaso aumentar la gloria de los triunfos del pueblo rebelde, acrecentando el número de las tropas que lo combatian, afirman que pasaba de seis mil hombres los que trajo la armada. Número siempre escaso para competir con más de cincuenta mil, no ya tímidos paisanos, sino guerreros avezados á las armas, mandados con inteligencia, y sostenidos por circunstancias de mucha gravedad y por el estado del reino todo.

Al anochecer fué el Virey en persona á visitar al príncipe, y cuidó de llevar adelante su plan y de dar más extension á las pláticas ya entabladas por su confidente el visitador. Halló á don Juan frío y discursivo y muy dudoso en el partido que debía adoptar. Pero le contó los hechos á su manera, y le pintó las circunstancias tan favorables, asegurando que todos los barones del reino y más de veinte mil paisanos bien organizados y dispuestos en la ciudad le darían inmediatamente apoyo, que el jóven príncipe y sus sesudos consejeros quedaron casi convencidos de las razones del Duque; decidiendo, sin embargo, que se obrara con mucho pulso, y que ántes de apelar á la fuerza se apurasen los medios de prudencia y de conciliacion (3).

Al día siguiente reunió el Virey en Castelnuovo á don Francisco Toraldo, capitán general del pueblo, á su teniente Désio, á los electos y diputados de los sediles, al electo del pueblo y á los jefes de los barrios, con otros ciudadanos de los más influyentes, y les manifestó que la escuadra española destinada á cruzar en el Mediterráneo para proteger y defender las costas y perseguir á los piratas berberiscos, había llegado por casualidad al puerto de Nápoles, sin más objeto que el de refrescar viveres y reparar las averías causadas por el último temporal de equinoccio, y de modo alguno para hostilizar á los napolitanos, de cuya lealtad y obediencia estaba tan seguro el Rey; pero que viniendo de almirante de aquella escuadra un príncipe tan excelso, un hijo querido del soberano, y que miraba como hermanos á todos los súbditos de su padre, razon era obsequiarlo y servirlo como merecia, abastecer largamente sus bajeos y separar de sus ojos todo resto de los pasados disturbios. Que debía pues convidársele á honrar con su presencia la ciudad el tiempo que necesitase para reponerse; y que para que su venida á tierra fuera un nuevo vínculo de paz y de concordia, debía el pueblo deponer las armas, y si aun tenía mercedes que pedir ó reclamaciones que demandar, hacerlo con toda confianza á tan excelso y benigno huésped, sin darse el aire de exigirlas, porque no seria decoroso ni para la autoridad de tal personaje, ni para la reputacion de fiel y de leal de que gozaba la ciudad de Nápoles. — El discurso del Virey, bien que muy estudiado, y sin la menor expresion que pudiese inspirar desconfianza ó herir la susceptibilidad de los sublevados, hizo muy mal efecto en la asamblea, por más que Toraldo y los otros partidarios de los españoles trabajaron con el rostro y los ademanes para evitarlo. Y uno de los circunstantes poniéndose en pié, entre el murmullo general de descontento, manifestó con el rostro encendido y la voz alterada: que el pueblo no creía tan casual é inocente la llegada de la escuadra, ni tan bien dispuesto á su comandante. Que veía su perdicion en el momento de dejar las armas, como se le pedía; y que asunto tan grave y trascendental no podía tratarse tan á la ligera, y que era preciso discutirlo y resolverlo en una asamblea general. Con esto se disolvió aquella reunion, quedando todos sospechosos y desabridos.

En seguida se convocó otra mucho más numerosa en el convento de San Agustín, á que concurrieron todos los jefes populares y muchos habitantes de la ciudad de todos colores, y púsose sin preámbulo á discusion si debía ó no dejar las armas el pueblo, para recibir en la ciudad al señor don Juan de Austria. Acaloradísimo fué el debate; hablóse largamente en pro y en contra. Las personas de responsabilidad, lastimadas de los pasados desórdenes, secundaron los deseos del Virey y de Toraldo. Los que miraban más adelante, y debían á la sublevacion su importancia y engrandecimiento, se opusieron con sentidísimas razones, manifestando que sería el soltar las armas entregarse á discrecion de enemigos poderosos y enconados; y abastecer la

(3) De Santis.

(1) De Santis.

(2) De Santis. — Raph. de Turris.

(3) De Santis.

armada, robustecer las fuerzas que los habían de destruir. Y prevaleciendo estas opiniones en la numerosa asamblea, se decidió, después de largos discursos, que el pueblo se conservase armado, y que se enviaran diputados á cumplimentar y á regalar á S. A. como *deber de cortesía*, manifestándole las quejas y recelos que obligaban á los napolitanos á no deponer las armas á sus pies.

No contentó á don Francisco Toraldo semejante resolución, y animado con el recuerdo del buen éxito que tuvieron dos días antes su presencia y sus palabras con las masas populares, montó á caballo, y ántes que se divulgara fué á recorrer los barrios bajos, para ver si podía sorprenderlos y hacerles consentir en la deposición de las armas. Empezó á trabajar con buenos auspicios á fuerza de arte y de buenas razones. Y ya dirigía la palabra á una masa considerable de pueblo que rodeaba su caballo, y que le oía con deferencia, cuando le ocurrió en mal hora servirse inopinadamente de un argumento *ad terrorem*, diciendo que era ya preciso avenirse á un pacífico acomodo, porque sino la armada, que era la más poderosa del mundo, podría muy fácilmente con una sola descarga de su artillería destruir la ciudad. Esta fanfarronada produjo grandes carcajadas, y tras de ellas tal repentino furor en la turba, que faltó muy poco para costarle caro al capitán general del pueblo.

También el Virey por otra parte, mientras valiéndose de la autoridad y astucia del consejero Mirabal, negociaba con los barones y grandes señores que se reuniesen y armasen, quiso probar la mano, y envió emisarios por todos los barrios de la ciudad á predicar el desarme, revalidando las juradas capitulaciones, ofreciendo nuevas mercedes, y asegurando que pondría tan estrechos á los nobles, que nada tuviese que temer de ellos el pueblo. Pero tales mensajes hicieron corto efecto, y se llevó á cabo lo resuelto en San Agustín (1).

CAPITULO X

Al día siguiente 3 de octubre fueron á bordo los diputados del pueblo para cumplimentar y regalar al jóven príncipe. Recibidos éste con grandes muestras de amor y de consideración, admitiendo con cordialidad los refrescos abundantes y exquisitos que le presentaron. Manifestáronle humildemente el lastimoso estado de la ciudad, que había tenido que apelar á las armas para libertarse de la total ruina á que la arrastraban, como al reino todo, los malos y codiciosos ministros, los insolentes y corrompidos nobles. Que por lo tanto no extrañara hallarlos con las armas en la mano, para defenderse de tales domésticos enemigos, pero de ningún modo para deservicio de S. M.

Eludió don Juan sagazmente la cuestion, contentando con palabras generales; y despidió á los diputados contentos y satisfechos de la gallarda presencia y noble discreción de tan excelso príncipe. Pero mientras esto pasaba en la nave real, en ella y en las demás de la escuadra se derramaron varias personas del pueblo, so pretexto de vender chuchuras, frutas, pan fresco y otros regalos; y examinaron cuidadosamente el estado de los bajeles, sus provisiones y aparejos, y sobre todo el número de tropas que trasportaban. Y vueltos á tierra publicaron en los corrillos el mal estado de la armada, la escasez de sus recursos, y lo corto de las fuerzas que la tripulaban y guarnecían. Estas fidedignas noticias hicieron su efecto, y empezó á decirse en todas partes sin reboso (como reñeren De Santis y Capecelatro, contemporáneos) que la armada era una vejiga llena de viento. Con lo que levantaron cabeza todos aquellos que al ver aparecer tales fuerzas habían desmayado; y avergonzados de su infundado temor, volvieron más feroces y encarnizados á oponerse á todo acomodamiento.

Sin embargo los españoles, y todos los que tenían que lamentar alguna pérdida ó insulto en los pasados desórdenes, ponderaban lo oportuno y decisivo del socorro, y lo seguro de su resultado para obtener reparaciones y venganzas. Y nadie más que el Virey, corto de vista en todas ocasiones, participaba de estas ideas; y ufano más de lo que la prudencia dictaba, ensoberbecido más de lo que su situación permitía, y creyéndose ya omnipotente, no volvió á pensar en el Cardenal arzobispo, ni en lo mucho que hubiera valido su influencia, tantas veces puesta felizmente á prueba, en aquellas nuevas circunstancias; pues sin contar para nada con él, y desdénando sus relaciones, se dedicó exclusivamente á acalorar y organizar la nobleza en favor de sus planes de rompimiento y guerra, y á dominar el ánimo del príncipe para que sirviese de ciego instrumento á su venganza.

Entre tanto don Francisco Toraldo, Désio y otros cabos populares, que deseaban de buena fe el restablecimiento del orden y de la autoridad legítima, y que viendo más claro que el Virey, no querían llevar las cosas al último extremo, prosiguieron en la reunión de San Agustín las negociaciones. Y lograron al cabo el que se decidiese en ella que de-

se el pueblo las armas depositadas en un almacén de la plaza de la Sillería, situada en el centro de la ciudad, y que quedasen sólo seis mil hombres armados, para defender las capitulaciones, y asegurarse contra alguna intencion de los nobles, ó algun rebato de los bandidos. Razonable y de muy buen acomodo parecía este partido, y el mismo Toraldo con otras personas de cuenta fué á bordo de la Real á dar parte al señor don Juan de Austria de este acuerdo, que debía producir el más feliz resultado. Recibiólos el príncipe con benignidad y agasajo, y aunque no le disgustó el arreglo, como ya habían extraviado su buen juicio, no se atrevió á resolver. Y contestando en términos generales, sin aceptar ni rechazar la propuesta, les despidió honrándolos y acariciándolos con cordialidad; y despachó en seguida á su secretario Leguía á avisar de todo al Virey.

Este, no ya perplejo en sus decisiones y dócil á todas las exigencias, como lo era pocos días antes, sino resuelto, inexorable, decidió que no era de modo alguno aceptable la proposición de la junta de San Agustín; porque seis mil hombres armados eran suficientes para ser dueños absolutos de Nápoles, é imposibilitar toda autoridad. Mas ó porque no podía menos el Virey de manifestar siempre indecisión, ó porque quiso obrar con más apoyo, determinó tomar sin pérdida de tiempo consejo de personas sensatas para su definitiva resolución. Ciertamente no comprendemos cómo el que quería con la fuerza de la armada poner en brida ciento cincuenta mil hombres aguerridos y ya en rebelión abierta, hallaba tanto peligro en sólo seis mil, y después de haber hecho todo el pueblo un acto positivo de sumisión.

Celebró pues el duque de Arcos al día siguiente una consulta poco numerosa, y á la que cuidó de convocar á las personas que habían de apoyar su pensamiento. Pero no pudo eximirse de Cornelio Spinola, el negociante genovés, que como dejamos escrito, aconsejó tan á tiempo la abolición de la gabela sobre la fruta, origen de los acontecimientos que vamos narrando. Entablada la discusión, este hombre prudentísimo, que conoció la propensión de la asamblea á adoptar medios violentos, manifestó con moderación y gravedad que no los juzgaba convenientes, cuando se presentaban otros no despreciables. Que no era tan fácil como se suponía el sujetar á viva fuerza la sublevación armada y aguerrida. Que los medios con que se contaba no eran bastantes para tan ardua empresa; pues aunque la artillería arrasase la ciudad, no se lograría más que arruinar casas y palacios. Y en fin que el saber acomodarse á las circunstancias, y sacar partido del amor y del respeto que inspiraría la presencia del príncipe real, podría tener más ventajoso resultado. — El capitán de la guardia del Virey, que asistía á la junta, caballero español, jóven y acalorado, impaciente con el discurso del sesudo anciano, lo atajó con viveza diciendo: que la empresa no era tan difícil y costosa como la pintaba el miedo, y que el humo de los cañonazos bastaba para acabar con la sublevación. Que se recordara lo que había sucedido en tiempo de don Pedro de Toledo, cuando el tumulto contra la inquisición; y que bastaron entónques tres mil españoles para sujetar y escarmentar á Nápoles revuelta. — Repúsole Spinola con acento tranquilo y modesta sonrisa, que aquellos eran tiempos muy diferentes. Que entónques vivía y reinaba un Carlos V, de tanto prestigio en el mundo, que á su nombre solo se postraba el universo. Que entónques tenía la ciudad de Nápoles la cuarta parte de población que al presente, y sólo quinientos mil hombres sobre las armas: los que fueron vencidos no con tres mil, sino con diez mil españoles y cincuenta galeras. Y que á pesar de todo la inquisición no se estableció (2).

O hicieran impresion en el ánimo del duque de Arcos las razones del Spinola, ó aunque ya resuelto y decidido por la guerra, le asombró, como sucede á los caracteres débiles, su propia resolución, y aun luchaba con el estorbo de la habitual perplejidad; pues disolvió la reunión sin que nada quedara decidido, y dispuso que se celebrase otra muy numerosa en San Agustín. En ella manifestó por medio de sus comisionados, que el príncipe hijo del Rey no podía ni debía venir á tierra, hasta que los napolitanos todos depusiesen las armas á sus pies. Gran tormenta levantó en la asamblea esta manifestación, que rechazaba completamente el medio conciliatorio propuesto al mismo príncipe; y entablóse una refida y larga discusión. Los partidarios del Virey, apoyados por los que anhelaban reposo y tranquilidad á toda costa, juzgaron aceptable la condición, aunque con ciertas cortapisas; pero los que tenían intereses creados que sostener, ó justos temores que considerar, levantaron el grito en contra, apoyados y sostenidos por los revoltosos y por el clamoreo de la turba popular, que circundaba el convento, pidiendo guerra y anhelando combatir. Dejó como astuto el teniente Désio desfogar la borrasca, y en un sagaz discurso, sin declararse partidario de unos ni de otros, y sin aceptar ni rechazar la

proposición del Virey, manifestó que era insostenible el estado á que habían llegado las cosas: que no era decoroso tener al hijo del Rey relegado en los bajeles: que el pueblo armado seguía cometiendo tropelías inauditas, y faltando abiertamente á la capitulación: que la insubordinación de Genaro Anese y de otros cabos populares, que continuaban almacenando pólvora en el torreón del Carmen y trabajando en las fortificaciones, no se podía tolerar: y que era necesario para el bien común dar fin á tantos desórdenes y avenirse á la razón. — No pudo acabar su discurso, que no dejaba de ir causando buen efecto. Las voces de Palumbo, Panarella, Caffiero y otros, que no sólo con descompuestas palabras le interrumpieron, sino que lo atacaron furiosos con dagas y puñales, le obligaron á ponerse en salvo para huir de una muerte cierta. Refugióse en la sacristía, y alejóse luego de San Agustín para ponerse á buen recaudo (3).

Otra reunión se verificó al anoecer en palacio presidida por el Virey, donde se mostró éste más conciliador y razonable de lo que solía, pero nada se resolvió en ella. Y en seguida en un consejo privado á que asistieron sólo el general don Vicente Tuttavilla, el visitador general del reino, el acalorado capitán de la guardia, y los pocos jefes populares de entera confianza, se volvió á ventilar el negocio, y se decidió definitivamente apelar á la fuerza. El Duque creyó así á cubierto su responsabilidad, y para más asegurarla hizo extender un acta prolija, firmada por cuantos estaban presentes. Verificóse así aunque Tuttavilla, ántes de firmar, expuso algunas juiciosas observaciones sobre lo poco que se debía fiar en las ofertas de los nobles, que contaban con escasos recursos, y que no tenían ya tanta influencia como se imaginaban; y sobre la poca fe que merecían las seguridades de los jefes populares, que brindaban con la cooperación de una fuerza, que acaso no encontrarían disponible ni decidida en el momento del conflicto. No se tomaron en cuenta estas reflexiones, firmó pues el documento, y al hacerlo aconsejó que ántes de todo se asegurase la persona de Toraldo, porque iba á ser un obstáculo de mucha gravedad. Dijo el Duque que Toraldo estaba ya escamado y sospechoso, y que sería difícil hacerse con él, porque no vendría ni al palacio ni al castillo aunque se le enviara á llamar. Replicó Tuttavilla que no se resistiría á ir á la nave real si el príncipe lo convocaba, y que podía arrestarse á bordo: debiéndonos hacer lo mismo con el electo Arpayá, que fingiéndose partidario del orden y celoso servidor del Rey, era el que más acaloraba la sublevación y el que más imposibilitaba todo arreglo.

Determinado así, fueron á deshora á la Capitana el Virey y el visitador general para obligar al príncipe á que llamase á Toraldo. Hizolo, mas este ó porque algun aviso secreto le advirtió del peligro, ó porque temió desconfiar al pueblo, que lo observaba cuidadoso, yéndose á bordo á tales horas, ó porque juzgó prudente evitar en aquellas difíciles circunstancias todo compromiso, no acudió al llamamiento. Entónques se trató decididamente de desembarco y de ataque, haciendo con pluma y papel mil sonados cálculos de las fuerzas populares que se unirían á las tropas, y las guardarían las espaldas y asegurarían el triunfo. Con lo que don Juan, jóven inexperto, y sus consejeros no bien informados del estado de las cosas, accedieron completamente á los intentos del obeccado Virey. Decidióse pues que desembarcaran aquella misma noche con sigilo en el arsenal dos mil y quinientos hombres; que el teniente Désio aprovechando los momentos avisase á los confidentes y partidarios, y prestase con recato las fuerzas populares que habían de ayudar á la operación; y que esperaran todos para obrar la señal que daría la torre del homenaje de Castelnuovo, adonde se retiró el Virey ántes de amanecer, llevándose consigo al secretario de S. A.

CAPITULO XI

No encontró Désio tan bien dispuestas como se creía las gentes con quienes se contaba. Y advirtió además que el pueblo, ó bien por instinto, ó por haber barruntado lo que ocurría, pasó la noche toda muy vigilante, fortificándose con zanjas y reparos, y acrecentando sin estrépito los repuestos de armas y de municiones. Estas noticias no agradaron mucho al Virey, y despertando algun tanto su perplejidad le obligaron á reunir nuevo consejo. Mas ya estaban las cosas muy adelantadas para retroceder, y se decidió llevar á ejecución el proyectado y dispuesto ataque; pero que ántes de romperse las hostilidades se atrajesen con cualquier pretexto á Castelnuovo al electo Arpayá, á los dos hermanos Caffieros, á Salvador Barone, al secretario de Polito, á su sobrino Battista, á su hijo Fr. Hilario, á Gregorio Accioto, y á algunos otros de los que acaloraban al pueblo, y que eran más capaces de dirigirlo y de tomar oportunas disposiciones de defensa. Enviáronles astutos mensajeros, cayeron en el lazo, y se presentaron casi todos en el casti-

llo. Ya estaba instalado en él (pues no se perdía el tiempo) el consejo de guerra que los debía juzgar: tomáseles declaración sin demora; confesaron atemorados y sin apremio, que á instigación de Palumbo y de Genaro Anese, se disponían á sorprender la noche venidera los puestos altos de la ciudad, y á empezar desde ellos la agresión, combatiendo los castillos y cañoneando la armada, y que hacia días estaban en correspondencia con el marqués de Fontenay, esperando una gruesa armada francesa. Convictos de traición, fueron inmediatamente sentenciados y condenados á muerte, y sin más esperar ejecutados: salvándose sólo Fr. Hilario Polito, para tenerle como en rehenes, y Francisco Arpayá. De este exigió en el acto el Virey, que como *electo del pueblo* le pidiera en nombre de la ciudad la ocupación á viva fuerza, cual único medio de restablecer en ella el orden y el sosiego. Resistióse el magistrado popular, con una energía digna de un hombre de mejores antecedentes, á autorizar aquella agresión, que tenía todo el carácter de venganza. Y dice la historia, que indignado el Virey de aquella noble repulsa, prorumpió en frases y aun se propasó á acciones indignas de su alta jerarquía, de su madura edad, de su elevada posición. El pobre Arpayá fué sumido en un calabozo, trasladado después á Cerdeña y de allí á España, donde un tribunal lo condenó al presidio de Oran, en el que murió ó los pocos años (1).

A media mañana del día 5 de octubre, los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de Castelnuovo se dispararon, y corrieron desbocados y sin cochero hacia la calle de Toledo, atropellando á la multitud y causando espanto general, desorden y confusión, aprovechando lo cual, mandó impetuosamente el Virey salir un tercio de españoles gritando: *viva el Rey, vivan las gabelas*. Enarbó en la torre del homenaje la señal de arremeter, y en medio del trastorno general envió un mensaje al Arzobispo, con quien para nada contaba hacia ya muchos días, encargándole mandase inmediatamente manifestar en las iglesias el Santísimo Sacramento, y hacer rogativas por el buen éxito de las armas del Rey. Indignóse el Prelado, y contestó que jamás prostituiría así su santo ministerio, ni demandaría los socorros espirituales en favor de una venganza atroz é inaudita; repulsa que no dejó de atemorizar al Duque, casi arrepenido, pero ya tarde, de su resolución.

El pueblo, que aunque esperaba el ataque no lo creía tan inmediato, aterrado y sobrecogido huyó delante de aquellas fuerzas que lo atropellaban todo, y aunque acudió á la defensa de sus puestos, lo hizo en desorden y con flojedad. Nuevas tropas españolas salieron del castillo, tras de las que marchaban triunfantes por la calle de Toledo, y dividiéndose unas y otras en pelotones, mandados por bizarrísimos oficiales, ejecutaron un plan muy bien combinado de antemano, atacando á un tiempo los puntos más importantes de la ciudad, y apoderándose de ellos con poca pérdida y escasa resistencia. Las fosas del grano, el almacén de aceites, la aduana de la harina, el hospitaletto, la cartuja de San Martín y Pizzo-falcone, quedaron pronto en poder de los españoles; y los populares, arrollados en todas partes, sin tener ya dónde repararse y hacer resistencia, y habiendo perdido muchos de sus jefes, unos muertos en la refriega, otros apresados y conducidos á Castelnuovo (como aconteció á Andrea Polito, el famoso inventor de la mina de Santelmo, que fué inmediatamente ahorcado y expuesto su cadáver en las almenas) (2), huían despechados sin saber cómo evitar su exterminio.

Pero las fuerzas españolas, tan escasas en número y esparcidas así por la ciudad, no tenían en ningún punto de ella gente bastante para extenderse por los barrios circunvecinos y darse la mano. Y quedando diseminadas y aisladas en los distintos puntos que habían ocupado, pensando sólo en mantenerse en ellos, dieron tiempo para reponerse de su primer espanto al pueblo, tan práctico ya en los combates, y para que con aquel aliento que da la desesperación, tratara no sólo de defenderse de tan inesperada acometida, sino de recuperar con un valor desesperado las ventajas que una sorpresa le acababa de quitar.

Tocóse á rebato en toda Nápoles, y toda ella se alzó como un solo hombre en defensa de sus hogares, ansiando venganza de sus opresores. Los mismsos que, partidarios del orden y de la paz, se habían mostrado deseados de un acomodamiento, volvieron indignados á las armas y volaron á la pelea; y aparecieron de repente, como si brotasen de la tierra, masas populares, unidas y resueltas, componiendo más de cincuenta mil hombres bien armados y decididos, que cayeron de un golpe y á un tiempo, despachando la muerte, sobre todos los puntos que con tanta facilidad habían ganado los españoles. Estos, viéndose á su vez tan vigorosamente atacados y por tan considerable número de enemigos, se defendieron esforzadamente sin cejar un paso; pero con las señales convenidas pi-

dieron socorro á Castelnuovo. Mas ¿cómo podía mandárselo el Virey, si había dispuesto de todas las fuerzas, y no había dejado ninguna reserva?... Envió órden á los castillos y á la armada para que rompiesen el fuego de cañon contra la ciudad. Encarnadísima andaba la pelea. Santelmo, Castelnuovo, Castel del Ovo, y las galeras, avanzando sobre la playa de la Marinella, empezaron á jugar su artillería con un espantoso estruendo, que retumbando en torno, esparcía el terror y la confusión por toda la comarca.

El señor don Juan de Austria, en el alcázar de la capitana, presenciaba con dolor el estrago. Y como viese en todas partes apretados á los españoles, sin ser socorridos ni ayudados por nadie, exclamó varias veces con desconsuelo: *¿Y dónde están los veinte mil hombres del pueblo, que debían ayudarnos? ¿Dónde están (3)?* Reconvenccion amarga al Virey y á sus consejeros, que con falsos cálculos lo habían decidido á un paso que repugnaba á su corazón.

Combatíase en toda la ciudad con teson y encarnizamiento. Los españoles, aunque al cabo fueron arrojados de algunos puntos, resistían con valor heroico el empuje de las inmensas masas populares que los ahogaban. El pueblo irritado con la ruina que las balas y bombas causaban en el hermoso caserío, peleaba rabioso y sediento de sangre. En las fosas del grano fué donde la pugna estuvo más empuñada. Dos veces perdieron y recobraron tan importante puesto los españoles, y al cabo quedó en poder de los napolitanos, que incendiaron el grano allí almacenado, no pudiéndolo retirar oportunamente (4).

El teniente Désio se había quitado la máscara, y decididos abiertamente por el Virey; y con los pocos de los napolitanos, que aun seguían ciegamente la causa española, hizo prodigios de valor aquel día, ocupando el barrio de Mortelle.

El fuego de la armada causaba gran daño en el barrio del Lavinaro y en el del Mandaracho. Pero la artillería del torreón del Carmen, donde mandaba Genaro Anese, causaba en las naves considerable avería. Y aunque don Juan hizo desembarcar quinientos hombres, última fuerza que quedaba á bordo, no conseguirían más que aumentar la reputación de su bizarría, teniendo, con pérdida notable, que replegar al cabo sobre Castelnuovo. Y los bajeles, ya desgarnecidos y muy mal parados, lo hicieron detrás de Castel del Ovo, prosiguiendo desde allí á cubierto sus tiros contra el barrio y las marinas de Chiaja.

Mandaba aquel desastroso día todas las fuerzas españolas el general de artillería Batteville, noble borgoñón (5), que como dejamos dicho, había venido acompañando al príncipe en calidad de consejero. Y no acertamos la causa porque no las mandó en persona el mismo duque de Arcos, como parece que hubiera convenido más á su reputación; y las confió á este caballero, famoso militar sin duda, pero que no conocía la ciudad, ni el carácter peculiar de aquel género de guerra. La falta de estos conocimientos indispensables aumentó grandemente su embarazo, tanto que hallándose con un número de enemigos superior al que había calculado, con continuos ataques mucho más ordenados y vigorosos de lo que esperaba, y con tan escasas fuerzas diseminadas en posiciones que no conocía, se arrepenió de haberse fiado de los planes del Duque y de haberse plegado á sus exigencias; por más que como bueno, y apoyado en el esfuerzo y disciplina de sus tropas, no cediese un punto, y corriendo de uno á otro lado con actividad suma tomase las más acertadas disposiciones para no perder los puestos ocupados y para recuperar los perdidos.

Don Francisco Toraldo en su anómala y delicadísima posición, si de verdad anhelaba la paz y el mejor servicio del Rey, como lo demostraba cumplidamente en las conferencias; trabada la lucha se dejaba llevar de su instinto de leal caballero y de valiente soldado, y dirigía las operaciones sin engañar á los que se habían puesto en sus manos; y como militar entendido y experimentado ponía en muy duro aprieto á los españoles.

El continuo tronar de tanta artillería, el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas continuas, la gritaría de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres que corrían, en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano dónde refugiarse; el són de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantoso rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destrucción completa de su hermosísima capital. En unos el terror obligó á decidirse por los españoles, cuyo triunfo se juzgó asegurado; en otros el patriotismo hizo empuñar las armas á sus habitantes, para volar defendidos á socorrer á Nápoles, ó á perecer entre sus

(3) De Santis.
(4) Capecelatro, MS. — Donzelli.
(5) Capecelatro, MS. — De Santis. — Agnello de la Porta, MS.

ruinas. Llegó también en pocas horas, si no el rumor, la noticia vaga é inexacta de lo que pasaba en la ciudad, á la de Benevento, donde los nobles de más valía, entre ellos el famoso duque de Maddalona, reunidos bajo la inspiración del consejero Mirabal, trataban de socorrer al Virey. Y reuniendo repentinamente las fuerzas allegadas que habían levantado, y repartiéndose los mandos de ellas, salieron á campaña para cortar los viveres á la sublevación, é impedir los socorros que de las provincias pudiera recibir; y enviaron un mensaje al Virey, pidiéndole nombrase un general entendido, que los dirigiera y gobernara (6).

Declinaba la tarde y continuaba más encarnizada la pelea: en ambas partes se hacían portentos de valentía, sin decidirse por ninguna la victoria. Y ni las sombras de la noche, oscura y borrasca, pusieron término al combate y á la matanza, habiendo sido aquel funesto día uno de los más espantosos que ha pasado ciudad alguna, y en que á más alto punto hayan llegado la furia y la tenacidad de encarnizados enemigos.

CAPITULO XII

Continuó al siguiente la pelea con el mismo ardor, con la misma incierta fortuna. El pueblo, reforzado con gente armada de los lugares circunvecinos, que habían abrazado resueltos, por un instinto vago de nacionalidad, el partido de la sublevación, se había engrasado considerablemente; y para asegurarse el dominio de una parte de la ciudad, determinó apoderarse del importante puesto de Jesus-Maria, donde se habían hecho firmes los españoles. Arriesgada y difícil era la empresa; pero como las fuerzas populares estaban muy bien dirigidas por viejos soldados napolitanos que, sirviendo al rey en Flandes, en Lombardia y hasta en América, se habían acostumbrado á la guerra y conocían todas las reglas del arte, ningún riesgo ni dificultad les arredraba. Multiplicaron con denuedo y resolución los ataques á aquel punto fortificado, embistiéndolo con maestría suma; pero siempre se estrecharon en el valor de los defensores. Buscábase un medio de llevar á cabo el intento, y don Francisco Toraldo propuso la construcción de un mantelete con ruedas que facilitara la operación. Hizose á toda prisa, pero resultando pesado, embarazoso y de mal efecto, se alborotó el pueblo, diciendo que era traición del general para entretenerlo y dar respiro á los enemigos. Acaloraron la idea los que miraban de mal ojo á Toraldo, y se dispuso tumultuosamente, ya que no deponerlo, como algunos exigían, darle por teniente, ó con este nombre por verdadero superior, un hombre de más confianza. Y quedó elegido teniente de maestro de campo general, puesto vacante por la abierta defecación de Désio, Jerónimo Donnarumma, vendedor de hortaliza y pariente de Masaniello (7).

Desistióse por entónques del ataque á Jesus-Maria, pero fueron embestidos otros puestos también de importancia: unos resistieron gallardamente, otros, siendo en vano la más obstinada defensa, tuvieron que rendirse, y los prisioneros fueron bárbaramente despedazados por el pueblo, indignado más que atemorizado con el bombardeo de la ciudad, que no cesaba un momento.

El día 7, queriendo Donnarumma acreditar su aptitud para el mando, determinó atacar la aduana de la harina, ocupada desde el principio por los españoles, y fortificada con una estacada, un pequeño foso y parapetos de fagina. Mas conociendo la dificultad de sobrepasar estos reparos al descuberto, inventó la siguiente estratagemá. Reunió un gran número de búfalos montaracas, y acosados y mordidos por perros de presa, los encaminó de modo que derribando ciegos las estacas, salvando el foso y descomponiendo el parapeto, desordenasen la tropa. Y lo consiguió todo como se había propuesto, arremetiendo denodadamente detrás de aquellos animales feroces, y apoderándose del punto sin dificultad. Grande fué la matanza de españoles en él, y los pocos que salvaron la vida lo debieron á que, tirándose á la mar, ganaron á nado el castillo (8).

Despechado el Virey con esta desgracia ocurrida delante de sus ojos, mandó salir la escasísima guarnición de Castelnuovo, para recobrar aquel importante puesto y escarmentar á los vencedores; pero muy luego tuvo que retroceder con pérdida considerable, porque el pueblo, apoderado de las casas vecinas, le atajó el paso con un fuego muy nutrido desde los balcones y azoteas.

Aquel día recibió la sublevación considerables refuerzos de la Cava, Nocera, Pagani y San Severino; pero los que venían de otras ciudades más lejanas fueron detenidos por la caballería de los nobles, que corría la campaña.

El cansancio iba haciendo ya no tan activa la pelea. Y don Francisco Toraldo, despechado y con-

(6) Capecelatro, MS. — Parrino.
(7) De Santis.
(8) Capecelatro, MS. — De Santis. — Raph. de Turris.

(1) De Santis. — Capecelatro. — Raph. de Turris.

(2) Raph. de Turris.

(3) De Santis.

(1) De Santis.
(2) De Santis. — Capecelatro, MS.